

Relato sobre la aventura de investigar dentro de la Participación Comunitaria

Alejandro Mejía Tobón *

Resumen

Historia de las vicisitudes sufridas por un investigador que se adentró en el averno de la ignorancia, de la propia: De cómo un hombre se vio envuelto en los vericuetos de la técnica, y cómo se desenvolvió, cuando aprendió del empirismo. De cómo una comunidad aprehendió al investigador y cómo fue resuelto el misterio de su liberación por medio de la concertación abierta.

¡Lean ustedes, y sabrán quién es el asesino misterioso ... o si es simple confusión; Todavía se puede rescatar la ciencia y entregarla viva al servicio de las comunidades

Palabras clave: Conocimiento técnico, conocimiento tradicional, participación comunitaria, Ciénaga de Bañó.

Summary:

History of the vicissitudes undergone by an investigator who inside in the hell of the ignorance, the own one: Of how a man were itself surrounded in the rough road of the technique, and how unfolded himself, when he learned about the empiricism.

Of how a community kidnapped the investigator and how the mystery of its liberation by means of the open agreement were solved. You read, and you will know who is the mysterious assassin... or if it is simple confusion. Still science can be rescued and to give it lives to the service of the communities.

Key words: technical Knowledge, traditional knowledge, communitarian participation, Ciénaga de Bañó.

Hace cuatro meses salí de Bogotá con rumbo a Montería, en el fértil Departamento de Córdoba, con un sobrepeso en el equipaje de sesenta kilos y un sobrepeso aún mayor en el ego; pues ¡iba a conquistar una ciénaga y una comunidad de pescadores con mi teoría sobre el Aprovechamiento Sostenible de la Fauna Silvestre; armado, además, con mi carné de un instituto de investigación, que me abriría las puertas donde se quisieran cerrar.

Llegué pues a Montería con el equipo necesario para enfrentar mi ejercicio técnico y social, como yo lo entendía: binóculos 7x35, telescopio ornitológico, equipo de disección, alcohol al 70%, calibrador, pesola, botas, repelente, libretas de campo, guía de aves, dos curitas, un lapicero y una libreta de recibos para anotar los gastos y poder legalizar los pesos que tenía de financiación.

* Tesista Instituto Alexander Von Humbolt – Universidad Javeriana – Ciénaga de Bañó.

Debo aclarar que mi conocimiento sobre Montería y sobre la Ciénaga de Bañó, que así se llamaba el sitio hacia donde me dirigía, era el mismo que tenía sobre el trabajo con las comunidades: ninguno.

Me puse en contacto entonces con el funcionario de la Corporación Autónoma Regional quien me llevaría desde Montería hasta Cotocá, pueblito donde vive la comunidad que trabajaría, en principio y bajo mis principios, para mí, y que está a un costado de la Ciénaga de Bañó, mi área de estudio.

Después de cuarenta minutos en carro llegamos al planchón que me pasaría de una orilla a la otra del río Sinú y me llevaría, desde lo que para mí era y debería ser un trabajo de investigación participativo, que involucrara el conocimiento tradicional y la participación directa de las comunidades, hacia 'LA REALIDAD' de realizar una labor con esta intención. En el preciso instante en el que el planchón de tres canoas metálicas y un caminar silencioso tocó mi lado de la orilla, sentí que mis sesenta kilos de sobrepeso pesaban trescientos, pero que mi ego científico-técnico iba a necesitar de tres o cuatro planchones, trabajando dos semanas, para pasarlo de la orilla desde donde estaba 'mi realidad' hasta la orilla donde estaba 'LA REALIDAD', donde estaba el pueblo de Cotocá Arriba, corregimiento del Municipio de Lorica.

No puedo decir que no tenía miedo de enfrentar lo que se venía, es más, creo que la Balsa de Caronte¹ era menos lúgubre y me producía menos temor que ese planchón en cuyo costado rezaba toda la cultura de esta zona: "El Pescador".

Después de dos semanas y transportado mi ego completo hacia la que sería mi casa, que por demás era la casa estrato diez del pueblo, pues contaba con piso de cemento, baño dentro de la casa, cocina independiente del baño y techo de "eternit", además de una bella vista a la ciénaga, con la posibilidad de que si ésta se quería ver en invierno, era suficiente con sacar la cabeza por la ventana o sacar un pie de la cama y sentir el agua tibia. Apenas percibía que me estaba enfrentando al ecosistema más productivo que existe en el planeta como es el Humedal, donde la cultura que creció y vivió dentro de su interacción es ahora igual de productiva y dinámica y donde, para poder siquiera sobrevivir, se debe entender primero cómo respira y cómo se mueve este gigante, que además está siendo 'amansado' por los seres que han convivido con él desde siempre. Por lo tanto lo primero era saber cómo viven, respiran, se mueven y sienten estas personas.

¡Zaz! ¿Cómo carajo iba yo a hacer, si ni mis binóculos ni mi supertelescopio me permitirían descifrar a esta gente, ni mucho menos ver su historia y su conocimiento? ¿Cómo podría yo utilizar el conocimiento tradicional de esta gente, si dentro de mi guía de aves no decía

¹ En la mitología griega: Había criaturas espantosas en el mundo de los muertos. Allí estaba Caronte, quien remaba la embarcación que transportaba desde la tierra de los vivos hasta el mundo de los muertos a los que acababan de morir. Caronte pedía pago por su servicio de transporte [cruzaba el río Estigia], y los griegos solían enterrar a sus muertos con una moneda debajo de la lengua para asegurarse que tenían el pasaje debido. A las almas difuntas que no podían pagar se les mantenía en el lado del río donde no deberían estar, como en suspenso; estas podían regresar para hostigar a los vivos

cuáles eran los caracteres diagnósticos para identificar siquiera, la manera de acercarse a ellos?

Las siguientes dos semanas se me fueron devolviendo en el planchón las incontables toneladas de ego que traía, y acomodándome lentamente al clima, al idioma (porque del paisa al costeño, déjenme decirles) y a las costumbres. De vez en cuando salía a la Ciénaga con uno de los pescadores más viejos y con más conocimiento sobre la dinámica de este humedal, incluyendo la pesca, la cacería y todo cuanto se pudiera generar dentro, y quién se hacía llamar 'El Negro'. Sé que se estarán imaginando que si a él le decían El Negro, cómo serían los otros. Pues no, hasta en eso nos equivocamos a veces, porque la raza de esta gente es una combinación entre la mezcla de español con moro, y los Zenúes. Sus apellidos no son otros que los que inmortalizó García Márquez, y para que vean que no es romanticismo, les cuento que El Negro se llama Adalberto Negrette, así con doble 't'; y que la persona con el apellido menos 'garcíamarquiano' se apellida 'Babilonia'.

Y es que todo esto es importante al momento de acercarse al conocimiento y a la historia que tiene una comunidad, porque la explicación de lo que hacen y saben hoy, está en lo que fueron e hicieron. Y díganme, ¿dónde diablos enseñan eso cuando uno dice que quiere aprender a investigar y que quiere además trabajar con ciencia aplicada y que sumado a esto, pretende la participación activa de las comunidades locales en el desarrollo de la investigación?

Decidí entonces relajarme, iniciar el trabajo y confiar en mis conocimientos técnicos que, estaba seguro, no tendrían punto de choque contra sus conocimientos tradicionales; pues mientras ellos sabían que el pato Pisingo era “sabroso guisado”, yo sabía que su nombre científico era *Dendrocygna autumnalis* y que su época de reproducción estaba entre julio y noviembre, además de sus funciones ecológicas y otras cositas más, que ratificaban mi estatus de científico, o por lo menos de pichón de científico, frente a mis compañeros 'empíricos e ignorantes' de la cosa ecológica; por decirlo en un lenguaje jurídico, siempre existe el legítimo derecho a la defensa, y lo digo porque ¡me equivoqué!

La primera vez que salí a la ciénaga a ubicar las bandadas de patos que serían mi objeto de estudio, me pareció muy lógico decirle al 'Negro' que como yo ya había estudiado minuciosamente la ciénaga en todos sus rincones y conocía perfectamente la teoría del comportamiento de estos animalitos, nos fuéramos por el lado 'A' pasando por el Caño 'B', que seguro estarían allí por montones, porque en esa área se encontraban las condiciones ideales para ellos. El Negro, dentro de lo que para mí fue en ese momento una confirmación de su ignorancia ecológica, tomó la palanca e impulsó la canoa hacia donde yo marcaba con el dedo firme. Estaba venciendo, y era tal la victoria que ni un solo comentario salía de la boca de mi compañero.

Después de cuatro horas llegamos al sitio donde estarían los paticos por millones, y lo logramos, después de tener que romper monte de espino, o mejor, después de que el monte me rompiera la espina y la moral; porque si vimos treinta patos no vimos más.

De regreso al pueblo, soportando durante las siguientes cuatro horas la inclemencia del sol, de la derrota y del silencio sabio del Negro, y léase bien que ahora sí digo sabio, sentí cómo hasta mis conocimientos técnicos se enfrentaban a la realidad: la cotidianidad aprendida con las manos. El Negro siempre supo que yo no encontraría patos en esta zona porque la calidad del agua es muy mala en ese punto, y él lo sabía, no porque tuviera en sus manos los resultados de su monitoreo de calidad de agua con lo último en mediciones, sino porque tenía en la cabeza el resultado de su monitoreo sobre el movimiento del pescado, pues era pescador y sabía, porque sí, que el pescado no está en agua "maluca" como él la llamaba, y que los patos, menos.

Nació entonces dentro de mí una pelea entre lo que yo creía que era 'lo cierto', la forma que aprendí para acercarme a la respuesta planteada en un problema de investigación, es decir la técnica y el método, y lo que unas personas, que dentro de su cotidianidad y su interacción con el mismo medio que yo pretendo entender, han aprendido de tal manera, que logran convivir con él y, en muchos de los casos ya, de una manera sostenible.

Mi pregunta fue entonces ¿podemos encontrarnos, conocimiento técnico y conocimiento tradicional, para obtener un método en común que nos permita cumplir los objetivos que tenemos, tanto en conjunto como cada uno por separado?

Todavía estoy buscando argumentos, no para convencerme de que es posible y válido, porque de eso estoy seguro, sino para encontrar el punto donde la técnica ceda para integrarse con lo tradicional, sin que deje de ser técnica y sin que lo tradicional deje de serlo.

La lección más importante que recibí del trabajo en Cotocá Arriba es que la importancia de una herramienta dentro de un proceso, está determinada por el momento en que necesite ser usada; quiere decir que cuando yo necesitaba, desde la teoría, saber dónde podría encontrar las bandadas de patos, debía utilizar la técnica como herramienta, pero cuando hablaba de la práctica (no era lo que yo había leído que era la práctica), de la realidad palpable, necesitaba el conocimiento tradicional o empírico, la herramienta de la sabiduría generada por la interacción directa con el medio.

Al final logré acomodar un poco las cargas y me di cuenta que, la única manera de generar investigación participativa, es integrando los componentes teóricos, técnicos y tradicionales; es por medio de la experimentación *in situ*. Cada localidad, cada comunidad, cada problemática requiere de estrategias diferentes. Mi error fue pretender que con un método estándar de investigación se podrían abordar todos los planteamientos, incluso el universo de las interacciones sociales.

La participación de las comunidades desde la generación del proyecto, al igual que la socialización de sus componentes técnicos, permiten generar un equipo de trabajo interactivo, donde la ciencia se engrandece con el regreso de los antiguos espíritus del empirismo, quienes guían de la mano al niño curioso de la ciencia moderna.

Y en lo personal ... el aprendizaje fue mayor, pero eso es otra historia.

Un abrazo a mi amigo El Negro y su familia, a "Remedios la bella" de Cotocá, Yerli Llorente y a la Ciénaga de Bañó, donde recibí mis mejores clases.